

El instinto brutal y sanguinario estaba dominado por la razón del Churiador; el remordimiento triunfaba por último del instinto. Rodolfo observó con satisfacción este feliz resultado.

— Perdonadme, monseñor, — dijo con timidez el Churiador — el que os pague tan mal vuestros favores... pero...

— Al contrario, querido mío; ya os he dicho que todo esto dependía de vuestra voluntad. Os había elegido el oficio de carnicero por parecerme conforme á vuestra inclinación y á vuestro gusto...

— ¡ Ah! monseñor, es verdad... Esa sería mi dicha si no hubiese aquello que sabéis... Hace un rato que se lo decía al señor Murph.

— Por si acaso no os convenía esta profesión, previne de antemano otro recurso. Una persona que tiene bienes en Argelia puede cederos una de las vastas haciendas que posee en aquel país, y cuyas tierras son muy fértiles y propias para el cultivo; pero no quiero ocultaros que estas tierras se hallan situadas á la falda del Atlas, es decir, en los confines del país y expuestas por consiguiente á las frecuentes correrías de los árabes. Aquel establecimiento debe considerarse como una especie de reducto avanzado, y para habitarlo es necesario ser tan buen soldado como cultivador. La persona que beneficia esta hacienda en ausencia del propietario os pondría al corriente de todo; me han dicho que es hombre honrado y laborioso, y podríais conservarlo á vuestro lado el tiempo que creyeseis necesario. Una vez establecido allí, no sólo podríais aumentar vuestra hacienda con el trabajo y la inteligencia, sino también prestar al país grandes servicios con vuestro valor. Los colonos forman una milicia: y como la extensión de vuestras tierras es considerable, y grande el número de labradores que dependen de ellas, seréis el jefe de una tropa respetable, que entusiasmada con vuestro valor, podrá hacer grandes servicios al país y defenderá las propiedades esparcidas en el territorio adyacente. Os deseo más bien este porvenir, á pesar de los peligros que encierra... ó más bien á causa del mismo peligro, porque de este modo utilizaríais vuestro valor natural, y porque, á pesar de haber expiado ya y casi lavado la mancha de un gran crimen, acaso necesitáis aún cierta rehabilitación, la cual será más noble, más completa y heroica en medio de los peligros de un país indómito, que en la paz inalterable de una pequeña población. Si antes no os he hecho esta proposición, ha sido por creer que la otra os satisfaría; y además me parecía demasiado aventurada para hacéroslo desde luego, sin ofrecer antes otra elección... Podéis escoger lo que más os agrade... si no os gusta el establecimiento de Argelia decidmelo francamente, y buscaremos otra cosa... Si os gusta, mañana mismo se firmará la cesión y partiréis para Argel con una persona encargada de daros posesión de los bienes á nombre del propietario. Las tierras producen tres mil francos en arriendo, y á vuestra llegada cobraréis dos años de renta

vencida. Trabajad y mejorad vuestras tierras, sed activo y vigilante, y labraréis fácilmente vuestro bienestar y el de vuestros colonos, con quienes no dudo seréis siempre caritativo y generoso... No os olvidéis de que el *ser rico...* es *tener mucho que dar...* Aunque lejos de vos, Churiador, no os perderé nunca de vista, ni me olvidaré jamás de que yo y mi mejor amigo os debemos la vida. La única prueba de afecto y de gratitud que os pido es el que aprendáis euanto antes á leer y escribir, á fin de que podáis explicarme directamente y una vez cada semana la vida que hacéis, y me pidáis consejo y apoyo si llegareis á necesitarlos.

Inútil sería pintar los arrebatos de ingenua alegría á que se entregó el Churiador. El lector conoce bastante su carácter y concebirá que ninguna proposición podía serle más grata.

En efecto, al día siguiente el Churiador se puso en camino para Argel.

#### IV

##### INDAGACIONES

La casa que tenía Rodolfo en la calle de las Viudas no era el lugar de su residencia ordinaria, pues habitaba uno de los mayores edificios del barrio de San Germán, situado al extremo de la calle de Plumet y del baluarte de los Inválidos.

Había guardado el incógnito desde su llegada á París á fin de evitar los honores debidos á su rango de príncipe soberano, y su encargado de negocios cerca de la corte de Francia había anunciado que su señor haría las visitas oficiales indispensables bajo el nombre y título de *conde de Duren*. Á favor de esta costumbre, frecuente en las cortes del Norte, un príncipe puede viajar con toda libertad y sin la enfadosa etiqueta de los palacios. Rodolfo, á pesar de su transparente incógnito, tenía una casa puesta cual convenia á su persona. Introduciremos al lector en su habitación de la calle de Plumet el día siguiente á la salida del Churiador para Argelia.

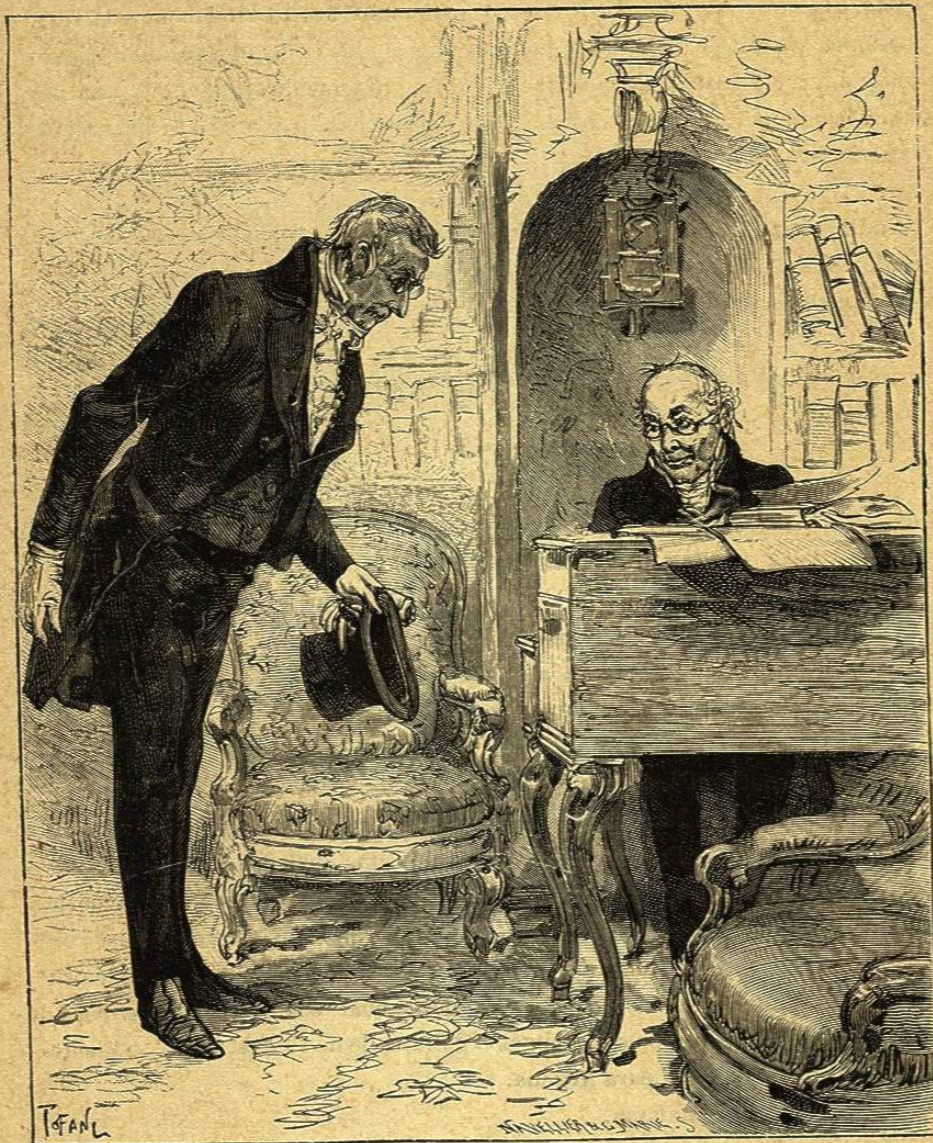
Eran las diez de la mañana.

En medio de un gran salón del piso bajo, que precedía al gabinete en que trabajaba Rodolfo, se hallaba Murph sentado á una mesa y cerrando varios pliegos.

Un ujier vestido de negro y con una cadena de plata al cuello, abrió las dos hojas de la puerta y dijo:

— ¡Su Excelencia el señor barón de Graün!

Murph, sin dejar su ocupación, saludó al barón con un gesto cordial y familiar.



¡Su Excelencia el señor barón de Graün!

— Señor encargado de negocios... — dijo sonriendo — soy con vos al momento: ¿queréis calentaros?

— Señor secretario íntimo de S. A. R., esperaré vuestra orden — respondió

en tono alegre el barón de Graün, haciendo una profunda reverencia al digno caballero.

Tenia el barón unos cincuenta años de edad, y su pelo era canoso, y algo rizado. Una corbata de muselina blanca muy almidonada cubria la mitad de su barba algo saliente. Su figura y su porte eran distinguidos, su fisonomía llena de sutileza, y su mirada al través de unos anteojos de oro, era penetrante y maligna. Iba vestido de negro, aunque no eran más que las diez de la mañana, porque así lo exigía la etiqueta, y en el ojal del vestido llevaba atada una cinta de diversos colores vivos. Puso el sombrero sobre una silla y se acercó á la chimenea mientras que Murph continuaba su despacho.

— S. A. R. ha velado sin duda toda la noche, mi querido Murph, según el bulto de vuestra correspondencia.

— Monseñor se acostó á las seis de la mañana. Ha escrito entre otras varias, una carta de ocho páginas al gran mariscal, y me ha dictado otra de igual tamaño para el regente del consejo supremo, el príncipe de Herkausen-Oldenzaal, primo de S. A. R.

— ¿Sabéis que su hijo el príncipe Enrique, ha entrado de teniente de guardias al servicio de S. M. el emperador de Austria?

— Sí; monseñor lo había recomendado particularmente y como pariente suyo: es un muchacho valeroso y de altas prendas; tiene la cara de un ángel y un corazón de oro.

— La verdad sea dicha, amigo Murph, pero si el joven príncipe Enrique tuviese entrada en la abadía granducal de Santa Hermenegilda, donde es abadesa su tía... las pobres monjas...

— Vamos... barón... vamos...

— Ya veis... los aires de París, y... Pero hablando seriamente... ¿tendré que aguardar á que se levante S. A. R. para comunicarle los asuntos que traigo?

— No, querido barón... Monseñor ha ordenado que no lo despertasen antes de las dos ó las tres de la tarde, y desea que esta misma mañana enviéis por un correo especial estos despachos sin aguardar hasta el lunes... Me comunicaréis las noticias que habéis adquirido, y daré cuenta de todo á monseñor luego que haya despertado... tal es su orden...

— ¡Muy bien! Espero que S. A. R. quedará satisfecho con las nuevas que le traigo... Pero yo espero, amigo Murph, que la salida de este correo extraordinario no será de mal agüero... Los últimos pliegos que he tenido el honor de transmitir á S. A. R...

— Anunciaban que todo iba bien *por allá*; y ésta es precisamente la razón por que monseñor desea que despachéis hoy mismo estos pliegos, queriendo expresar cuanto antes su satisfacción al príncipe de Herkausen-Oldenzaal, jefe del consejo supremo.

— Eso es muy conforme con el carácter de S. A. R. : si se tratase de una reprimenda, no se daría tanta prisa.

— ¿Y no hay algo de nuevo por aquí, querido barón? ¿No se ha descubierto algo?... Nuestras aventuras misteriosas...

— Son completamente ignoradas. Como desde la llegada de monseñor á París no hay costumbre de verlo más que en casa del reducido número de personas á quienes se ha hecho presentar, se cree que le gusta vivir retirado y que hace frecuentes excursiones por las cercanías de París. Así es que, á excepción de la condesa Sara Mac-Gregor y su hermano, nadie tiene noticia de los disfraces de S. A. R. ; y ni la condesa ni su hermano tienen interés en descubrir el secreto.

— ¡Ah, querido barón! dijo Murph suspirando — ¡qué desgracia que esa maldita condesa esté ahora viuda!

— ¿No se había casado en 1827 ó en 1828?

— En 1827, poco tiempo después de la muerte de esa desgraciada niña que tendría ahora diez y seis ó diez y siete años, y cuya memoria llena aún hoy de amargura á monseñor.

Ese dolor es tanto más natural porque S. A. R. no ha tenido hijos de su matrimonio.

— Así es, querido barón, que el interés que monseñor manifiesta por esa pobre Cantaora, nace de que la hija que ha perdido tendría ahora la misma edad que esa infeliz criatura.

— Es ciertamente una casualidad fatal el que la condesa Sara se halle libre á los diez y ocho meses cabales de haber perdido S. A. R. el modelo de las esposas, después de algunos años de matrimonio. La condesa se cree sin duda favorecida por la suerte con esta coincidencia...

— Y su esperanza insensata es hoy más ardiente que nunca... aunque sabe que monseñor la mira con la aversión más profunda y merecida. ¿No ha causado ella la muerte de su hija con su indiferencia y abandono? ¿no ha sido ella la causa de...? ¡Ah! barón — dijo Murph interrumpiéndose — esa es una mujer funesta... ¡Dios quiera que no nos traiga desgracias mayores!

— Pero ahora serían absurdas las pretensiones de la condesa, porque la muerte de la pobre niña de que acabáis de hablar, ha roto el último lazo que podía unir á monseñor con esa mujer : está sin duda loca si persiste en alimentar alguna esperanza.

— No hay duda, pero es una loca peligrosa... Ya sabéis que su hermano se deja también deslumbrar por la misma esperanza imaginaria, aunque ambos tienen hoy razones tan poderosas para abandonarla... como las que tenían para esperar... hace diez y ocho años.

— ¡Ah! ¡ cuántas desgracias ha causado también en aquel tiempo el infernal Polidori con su complacencia criminal!

— Me han dicho que ese miserable se halla aquí desde hace uno ó dos años, sumido sin duda en la mayor miseria y entregado á alguna industria tenebrosa.

— ¡Qué ignominia! ¡qué caída para un hombre de tanto saber é inteligencia!

— Pero también de tan abominable perversidad!... No quiera el cielo que vuelva á hallar á la condesa, porque la unión de esos dos espíritus infernales sería muy peligrosa. ¿ Pero traéis, querido barón, esas noticias?

— Aquí están — dijo el barón sacando un papel del bolsillo. — Se refieren á las indagaciones hechas sobre esa joven llamada la Cantaora, y sobre la residencia actual de *Francisco Germán*, hijo del Maestro de Escuela.

— ¿ Queréis leerme esos apuntes, querido Graün? Conozco la intención de monseñor... y veré si bastan esas indagaciones... ¿ Estáis satisfecho de vuestro agente?

— Es un hombre precioso, lleno de inteligencia, de sutileza y de discreción... tanto que á veces tengo que moderar su celo... Porque ya sabéis que S. A. R. quiere dar por sí mismo algunos pasos.

— ¿ Ignora la parte que toma monseñor en todo esto?

— Absolutamente... Mi situación diplomática me sirve de excelente pretexto para las indagaciones que le he encargado. El señor Badinot (que así se llama nuestro agente) tiene mucho trato de gentes y relaciones manifiestas y ocultas con casi todas las clases de la sociedad. Obligado á vender su oficio de procurador que ejerció en otro tiempo, á causa de graves abusos de confianza, ha conservado sin embargo noticias muy exactas sobre la fortuna y situación de sus antiguos clientes : sabe varios secretos y se alaba con descaro de haber traficado con ellos. Enriquecido y arruinado dos ó tres veces, demasiado conocido para que pueda emprender nuevas especulaciones, y reducido á ir saliendo del día con una multitud de expedientes más ó menos ilícitos, es una especie de Figaro digno de ser oído por lo curioso y entretenido de su modo de discurrir. Por el interés se entrega en cuerpo y alma al que le paga, y no tiene motivo alguno para engañarnos. Además, yo hago que le observen muy de cerca y sin que él lo sepa.

— Las noticias que nos ha dado eran sin duda muy exactas.

— No deja de haber probidad en su conducta, y os aseguro, querido Murph, que el señor Badinot es el prototipo de esos seres misteriosos que sólo se encuentran en París : divertiría sobre manera á S. A. R. si no fuese indispensable que no tuviese la menor relación directa con él.

— Podríamos aumentar la paga del señor Badinot. ¿ Creéis necesaria esta gratificación?

— Quinientos francos mensuales y los gastos eventuales, que suben casi á otro tanto, me parecen suficientes : por ahora parece estar muy contento... veremos más adelante.

— ¿ Y no se avergüenza del oficio que desempeña ?

— ¿ Quién, él ? al contrario, lo tiene á mucha honra : cuando viene á darme cuenta de sus pasos toma un aire de importancia... que no me atrevo á llamar diplomático, porque... El truhán finge creer que lo que trae entre manos son asuntos de Estado, y se maravilla de las relaciones ocultas que pueden existir entre los intereses más leves en apariencia y el destino de los imperios. Su desvergüenza llega á un grado tal que á veces me dice solemnemente : — « ¡ Qué infinidad de complicaciones ignoradas del vulgo hay en el gobierno de un Estado ! ¿ Quién diría que las notas que os entrego, señor barón, tienen sin duda una parte activa en los negocios de Europa ? »

— Sí, los viles procuran siempre cubrir con ilusiones su bajeza : esta verdad es muy lisonjera para el hombre honrado. ¿ Pero las notas, querido barón ?

— Aquí están, redactadas casi enteramente según la relación del señor Badinot.

— Ya os escucho.

El barón de Graün leyó el siguiente

*Apunte relativo á Flor de María.*

« Á principios del año 1827, un hombre llamado Pedro Turnemine, que se halla actualmente en el presidio de Rochefort por falsario, propuso á una tal Gervasia, llamada por otro nombre la Lechuza, el que tomase para siempre á su cargo una niña de cinco ó seis años, mediante la suma de 1,000 francos por una vez y no más.

« Cerrado este convenio, permaneció la niña en poder de la referida mujer por espacio de dos años, al fin de los cuales desapareció para librarse del mal trato que aquella le daba. Hacía muchos años que la Lechuza no había tenido noticia de ella, y hará como unas seis semanas que volvió ó encontrarla en una taberna de la Cité. La niña, que es ya una hermosa joven, se llama ahora *la Cantaora*.

« Pocos días antes de este encuentro, Turnemine, á quien había conocido en presidio el Maestro de Escuela, escribió una carta á Brazo Rojo (corresponsal misterioso de los presidiarios que cumplen ó han cumplido su condena) dándole muchos pormenores acerca de la niña que en otro tiempo había confiado á la referida Gervasia, llamada *la Lechuza*.

« Resulta de esta carta y de las declaraciones de la Lechuza, que en 1827 una mujer llamada Serafina, ama de gobierno de un notario llamado Jaime Ferrán, había encargado á Turnemine le buscara una mujer que por la suma

de 1,000 francos se encargase de la sobredicha niña de cinco ó seis años, á la cual se quería abandonar para siempre, como queda referido.

« La Lechuza aceptó la proposición.

« El objeto de Turnemine al dirigir estos pormenores á Brazo Rojo, ha sido el facilitarle un medio para exigir de la señora Serafina la tercera parte de dicha suma, amenazándola con publicar esta aventura olvidada ya con el transcurso del tiempo. Turnemine aseguraba que la Serafina no había hecho más que servir de instrumento á personajes desconocidos.

« Brazo Rojo confió esta carta á la Lechuza, que hace algún tiempo se asoció á los crímenes del Maestro de Escuela ; y por ella se ve el motivo por que esta noticia se hallaba en poder del bandido, cuando al encontrar á la Cantaora en la taberna del *Conzjo Blanco* la dijo la Lechuza para mortificarla : *Sé quienes son tus padres, pero tú nunca lo sabrás.* »

— Según esto, lo que debía averiguarse era si la carta de Turnemine decía la verdad.

— Se han hecho algunas diligencias indagatorias con la señora Serafina y con el notario Jaime Ferrán, pues ambos existen. El notario vive en la calle de Sentier, número 14, y es tenido por hombre austero y piadoso (á lo menos frecuente mucho las iglesias), observa en la práctica de los negocios una regularidad excesiva, que algunos tienen por demasiado rígida, su despacho es excelente, vive con una parsimonia que raya en avaricia, y la señora Serafina es aún su ama de gobierno. Jaime Ferrán, que era antes muy pobre, ha comprado su notaría en 350,000 francos, habiéndole suministrado una parte de esta suma Mr. Carlos Robert, oficial superior de la guardia nacional de París, joven de muy buena figura, muy elegante y muy de moda en la sociedad de cierta clase. Algunos quieren decir que por efecto de algunas especulaciones de bolsa hechas de concierto con Mr. Carlos Robert, se halla hoy el notario en la posibilidad de redimir el préstamo ; pero es tal la reputación de Jaime Ferrán que todos consideran estos rumores como horribles calumnias. Parece pues que la Serafina, ama de gobierno de este santo hombre, podrá suministrarnos noticias preciosas sobre el nacimiento de la Cantaora.

— Muy bien, querido barón — dijo Murph : — hay visos de realidad en la declaración de ese Turnemine. Quizá sabremos por la casa del notario quiénes son los padres de esa desgraciada niña. ¿ Habéis adquirido tan buenas noticias acerca del hijo del Maestro de Escuela ?

— Aunque menos ciertas... no son acaso de poca importancia.

— ¡ Vuestro Badinot es un tesoro !

— Ya veis que Brazo-Rojo es quien posee la clave de todo el secreto. Badinot, que tiene algunas relaciones con la policía, nos lo había indicado ya como agente de varios presidiarios, cuando monseñor ha hecho las primeras gestiones